

# Hambre, allá muy lejos

Antonio García Verduch

**T** ierras resecas, laderas deslizantes, tierras desertizadas, suelos áridos o salinos, charcas hediondas, tierras inundables, suelos pantanosos e insalubres, altiplanos barridos por vientos gélidos. Allí es donde se refugian nuestros hermanos pobres de cualquier continente. Allí se refugian, a solas, con su miseria, lejos de las luces de neón y del trepidar de la civilización. Allí ven pasar sus días, impávidos, con actitud casi vegetal, como si se tratase de una inacabable procesión de fantasmas iguales. No tienen nada. No esperan nada. Su mirada se queda inmóvil en el infinito, perdida, sin saber dónde está. **Todas las manos amigas -que son muchas- están lejos y no llegan hasta ellos.**

Estos hermanos tienen hambre y sed de todo. Necesitan todo. Necesitan urgentemente ayuda para llegar vivos a mañana. Y, además, necesitan ayuda para construir un futuro que no tienen. Necesitan sentir cerca el brazo del hermano, el consejo y la sabiduría del padre, y la ternura de la madre.

Los rostros, los nombres y las voces de nuestros hermanos desvalidos deberían ser conocidos y familiares en la sociedad opulenta, para que -actuando como badajoshiciesen sonar las campanas de la caridad.

Los pueblos desarrollados, a través de numerosas organizaciones humanitarias, realizan multitud de actividades en ayuda de los necesitados, pero la suma de todas esas manifestaciones de fraternidad es, de todo punto, insuficiente.

Una frase que se escucha, a veces, en los organismos especializados de las Naciones Unidas, es la siguiente: **"Este es un gravísimo problema de muchos que ha de ser resuelto por todos"**. Sí, afecta a muchos, muchísimos pobres seres humanos, pero la solución definitiva no está en ellos exclusiva-

mente. Está en todos, en todos los habitantes de la Tierra. Cada uno de nosotros tiene en su mano una pequeña parte de esa solución.

No se podrán ejercer acciones de envergadura suficiente para que sean eficaces, si antes no se crea una actitud favorable generalizada. Las acciones serias y definitivas no han de estar orientadas a calmar la conciencia propia, sino a calmar el hambre ajeno.

Todos los habitantes del mundo desarrollado se estremecen y se conmueven ante la miseria de esos millones de pobres seres lejanos. Todos querrían ayudar en un momento determinado de sus vidas, pero no saben cómo y, además, dudan de la eficacia de sus ayudas. Muy pocos se proponen, siquiera, la necesidad de prestar una ayuda continuada.

Existen muchas almas conmovidas, muchos sinceros deseos de ayudar, mucha ternura y mucho afecto, muchas iniciativas puntuales, pero pocas acciones serias y coordinadas, encuadradas en estructuras sólidas y permanentes de amplio rango.

Esta es la gran tragedia del cinturón ecuatorial de la pobreza mundial. El mundo desarrollado se conmueve en algunos instantes, y enseguida se olvida. Los gobiernos limitan su ayuda, muchas veces, a acciones puntuales para aliviar los efectos de las catástrofes, pero no tienen establecidas, en sus programas ni en sus presupuestos, amplias acciones permanentes de ayuda a largo plazo.

**El mundo necesitado tiene hambre de todo, día tras día, mes tras mes, año tras año, y, por tanto, necesita la ayuda fraternal todos los días, con independencia de que hayan o no hayan sequías pertinaces o inundaciones catastróficas.**

Los ciudadanos del mundo desarrollado están, sin duda alguna, dispuestos a colaborar eficazmente, pero necesitan cauces más amplios que los que ofrecen las

beneméritas organizaciones humanitarias existentes. Necesitan que sus gobiernos, dando ejemplo, tomen este problema como asunto de Estado, y provean las estructuras permanentes, y los mecanismos de acción necesarios, para transferir al mundo de la pobreza una cierta proporción del bienestar de sus países.

Si el problema mundial del hambre ha de ser resuelto por todos, no bastan las iniciativas privadas, y se hace necesaria la intervención del Estado, que nos representa a todos, y auna todas las voluntades.

En nuestro caso, el mejor modo de empezar, es sugerir a los partidos políticos que describan en sus programas electorales las estructuras permanentes, y las líneas de acción a largo plazo, que piensan implantar para la continuada transferencia de bienestar al mundo menesteroso. Si así lo hacen, el pueblo español podrá juzgar qué partido es el que ofrece mejores garantías de eficacia y canales más seguros y transparentes para realizar esa transferencia.

Los países avanzados, como el nuestro, -borrachos de éxito y de riqueza-, que son capaces de deslumbrar al resto de países desarrollados, **deben sentirse moralmente obligados a incluir en sus presupuestos, de forma estable, un suculento capítulo para ayudar a los más infelices y más desamparados.**

Habitualmente, los gobiernos buscan la contrapartida de votos en todo lo que hacen. En este caso concreto, el pago de votos no les llegará de aquellos infelices desconocidos, que viven lejos, sino de los muchísimos españoles que nos sentimos solidarios con ellos, y preferimos gastarnos el voto en esta baza.

**¡Qué hermoso mundo construiríamos si todos abrazásemos, como deber propio, la defensa de los derechos ajenos!.**